

HENDERSON, JON C.: *THE ATLANTIC IRON AGE. SETTLEMENT AND IDENTITY IN THE FIRST MILLENIUM B. C.* ROUTLEDGE, LONDRES, 2007, 369 PP., 125 FIGS.

Por Marcial TENREIRO BERMÚDEZ

No se puede negar que el concepto de Cultura —o área cultural— Atlántica ha sido de gran productividad para la arqueología pre- y protohistórica europea, sobre todo en lo que se refiere a periodos como el megalitismo o el Bronce Final. En este sentido el libro en cuestión que aquí reseñamos se presenta como una prolongación del *topos* atlántico a un periodo, como el Hierro, donde no ha disfrutado todavía de tanto predicamento. Un objetivo ambicioso que continúa la labor de Barry Cunliffe y otros arqueólogos en la definición de una *facies* atlántica para dicho periodo, y que Henderson plantea en esta obra a modo de una compleja y rica síntesis interpretativa. Durante el primer capítulo parte de una revisión del propio concepto de relaciones atlánticas y de sus teorías, desde los primeros desarrollos difusionistas al decisivo giro procesualista, planteando de paso una serie de problemas que se han ido reproduciendo a lo largo de la bibliografía: como el tópico del conservadurismo y estatismo del Área Atlántica o la dificultad de apreciar la relación entre la diversidad local y la unidad fundamental de una tradición/es atlántica. Para salvar dichas limitaciones Henderson plantea un concepto de interacción más dinámico, que permita apreciar el papel y evolución propias de las diversas comunidades locales, no pudiendo hablarse así, según el autor, tanto de una tradición atlántica uniforme como de una “diversidad emparentada” en la que desarrollos locales junto a relaciones a larga distancia confluyen en la creación de una relativa *koiné*. Dos aspectos que conjuga a lo largo de toda la obra a través de una síntesis entre los modelos de cambio social derivados de la teoría de *World Economic Systems* y de la arqueología del asentamiento.

Ello le permite observar el papel en la continuidad atlántica de fenómenos como la forma de producción predominante, una economía mixta con tendencia al pastoreo, que favoreció la adaptación de las comunidades atlánticas al deterioro climático que se da durante la Edad del Hierro, favoreciendo por tanto una mayor estabilidad social y cultural, por contraste con lo que sucede en otras regiones. Desde el punto de vista de los patrones de asentamiento el Hierro atlántico lejos de constituir un retroceso mantiene la tendencia del Bronce Final a una mayor sedentarización, apreciable en la aparición de sistemas de campos de cultivo cerrados (*fields systems*) y asentamientos permanentes, frecuentemente en piedra, que se les asocian. Un elemento de gran interés es el uso que el autor hace del concepto de “identidad”; mostrando como las similitudes y diferencias de la cultura material o el tipo de asentamiento pueden actuar a la hora de crear y negociar afinidades o alteridades entre comunidades regionales y áreas culturales, incide así en el contraste que se establece entre la serie de elementos comunes al complejo atlántico (casas circulares, depósitos acuáticos, ausencia de enterramientos, etc.) y los propios de la tradición de los Campos de Urnas. Atención especial merece la cultura material, observando que si bien los objetos que circulan por el atlántico tienen un origen inicial centroeuropeo, parecen haber sido adaptados para crear una nueva tipología, propia y común dentro del área, e intencionalmente distinta de su modelo original. Se muestra así la consciente alteridad de dos áreas culturales (Atlántica vs. Campos de Urnas) unidas por una relación de mutualidad comercial (el cobre alpino y el estaño atlántico) pero que se reconocen al mismo tiempo entre sí como distintas expresándolo a través de su cultura material. Sobre el aspecto simbólico e ideológico de los bienes muebles que circulan en las redes atlánticas argumenta que la continuidad de tipologías como los calderos de remaches pudo verse favorecida por el papel ritual que desempeñaban dichos objetos dentro de su círculo cultural. Lo cual podría explicar lo tardío del uso del hierro o fenómenos peculiares como el de que las pocas espadas hallstáticas del ámbito nórdico y atlántico sean normalmente versiones en bronce de tipos férreos alpinos. Henderson incide en el importante papel jugado por el intenso comercio del Bronce Final para la definición de las comunidades atlánticas, ya que será finalmente la decadencia de aquel la que determinara su carácter periférico y marginal durante el Hierro, dando así lugar a zonas regionales con una marcada personalidad, que en parte innovaran desarrollando elementos del substrato atlántico común. Se detiene en concreto en dos zonas subregionales: la formada por Irlanda y Escocia, y por el eje Armórica-SE de Inglaterra. La primera desarrolla una arquitectura propia a partir de las casas circulares del Bronce, dando lugar a edificios domésticos sin parangón como las monumentales *roundhouses* escocesas, mientras que la otra inmersa en la nueva red comercial que se desarrollara

a partir del 600 a.C., absorbe y sintetiza elementos del mundo centroeuropeo y lateniense. Henderson observa dentro de ambas una convergencia en la cultura material y el de hábitat, así como la sincronía de determinados fenómenos, que parecen sugerir contactos más intensos de lo que muestra *a priori* el registro.

Por último un punto a señalar, desde una perspectiva peninsular, es la reformulación que realiza el autor en la conclusión del problema de las lenguas célticas. Para ello toma como base la hipótesis de la *lingua franca* atlántica de Marisa Ruiz-Gálvez (Ruiz-Gálvez, 1990), así como los modelos de celtización lingüística durante el Bronce Final que, durante los últimos años, han sido utilizados por arqueólogos y lingüistas para explicar la problemática irlandesa (Koch, 1986; 1991; Waddell, 1991; Waddell y Conroy, 1999; Raftery, 1991; Cunliffe, 2001), lo que le permite correlacionar las áreas lingüísticas con la visión arqueológica, replanteándolas como manifestación de una dicotomía que se observa asimismo en el registro entre las zonas de influencia lateniense y aquellas otras, como Irlanda o la Península Ibérica, quedaron, en mayor o menor medida, al margen de la nueva red de contactos atlánticos, y que se caracterizaran significativamente por mantener dialectos celtas más arcaicos en Q- por oposición al innovador celta P- derivado del mundo continental. Infiriéndose de ello como lógica conclusión la identidad entre el Celta Q- (o protocelta) y la postulada lengua vehicular del Bronce Final Atlántico. Una alternativa más procesual y acumulativa que tiene a su favor, con respecto a sus competidoras, una mayor coherencia entre datos lingüísticos y arqueológicos, pero que contrasta con las generalmente aceptadas visiones de la celtización hispana, que tienden a atribuirla a un proceso celtiberizador, primando la vía continental –pirenaica– sobre la atlántica, hipótesis que ha sido criticada recientemente para la propia Celtiberia (De Bernardo, 2006; Manyanós, 1999). Ello ha llevado a nuestros protohistoriadores, con excepciones (Pena, 1994), a considerar al NO peninsular como un área al margen de una celticidad definida bajo el paradigma de lo celtibérico, planteándose como alternativa una serie de rasgos y peculiaridades diferenciales de lo castreño, como su carácter periférico o la continuidad autóctona con respecto al Bronce Final Atlántico. Precisamente los mismos elementos (continuidad con el Bronce Final y evolución autónoma) que sirven –henos ahí una interesante paradoja para la reflexión– a nuestro autor y a otros arqueólogos europeos para definir, precisamente, y explicar con ello de manera bastante convincente y coherente las “celticidades” de otras comunidades atlánticas durante el Hierro.

DE BERNARDO STEMPEL, P. (2006): “Las lenguas célticas en la investigación cuatro observaciones metodológicas”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios griegos e indoeuropeos*, 16, pp. 5-21

CUNLIFFE, B. (2001): *Facing the Ocean. The Atlantic and its peoples 8000BC-AD 1500*. Oxford.

KOCH, J. T. (1986): “New Thoughts on Albion, Ierné and the Pretanic Isles”, In: *Proceedings of the Harvard Celtic Colloquium*, 6, pp. 1-28

____ (1991): “Eriu, Alba and Letha: When was a language ancestral to Gaelic first spoken in Ireland?”, *Emania*, 9, 5-16

MANYANÓS PONS, A (1999): “Un estado de la cuestión de la celtización peninsular desde la complementariedad de un doble proceso” *Kalathos* nº 18,, pp. 125-151

PENA GRAÑA, A. (1994): “O Territorio e as categorías sociais na Gallaecia Antiga” *Anur. Brig*, 17, pp. 33-78

RAFTERY, B. (1991): “The Celtic Iron Age in Ireland: Problems and Origins”, *Emania*, 9, 28-32

RUÍZ-GÁLVEZ, M (1990): “Canciones del muchacho viajero” *Veleia*, 7, pp. 79-104

WADDELL, J. (1991): “Celtization of the West: An Irish Perspective”, en Chevinot, C. y Coffyn, A (eds.): *L'âge du Bronze Atlantique*. Beynac, pp. 349-366

WADDELL, J. y CONROY, J. (1999): “Celts and Others: maritime contact and linguistic change” en Blech, R. y Springgs, M (eds.): *Archaeology and Language IV: Language Change and Cultural Transformation*. Londres, pp. 125-13